



ENTRE LA GRACIA Y LA TRISTEZA

PREGÓN XIX BIENAL DE FLAMENCO DE SEVILLA

Autoridades, señoras y señores:

No sé si es una anécdota inventada o real ni si ustedes, o algunos de ustedes, la conocen, pero *si non e vero e ben trovato* como dicen los italianos; es decir, que dibuja parte de un ambiente por fortuna superado para los intérpretes del flamenco. Alude al cantaor que, luego de haber estado todo el día buscándose la vida y haber empleado la noche hasta bastante avanzada en el tablao de turno haciendo su arte con más pena que ganas, por fin llega a su casa de madrugada y entra en ella con el sigilo respetuoso de no despertar a los suyos, a la mujer, a los niños, tal vez también a los abuelos sólo amparados por el alquiler bienhechor de su garganta y su sabiduría flamenca. Que con ese sigilo parte el pan y lo acompaña con el par de huevos fritos que le ha dejado María encima de la mesa y, finalmente, como una bendición que le espera blanca y abrigadora, y cuando hecho un ocho calentito casi de felicidad comienza a coger sueño, oye que llaman a su puerta con autoridad militar, posesiva, apremiantemente.



Antonio se medio abriga con lo que tiene a mano y acude a la llamada entre el temor y el deseo, entre el temor de que a esas horas de la madrugada lo saquen de su anhelado descanso y el deseo abreviado de que, a pesar de que sea así, suponga la demanda de trabajo extra que va a redondear el exiguo presupuesto necesario para darle de comer a tanta gente.

El que llama es, por supuesto, el señorito, que a última hora y encendido por las copas y el revitalizador del alma que es el cante quiere seguir la fiesta, ya en su casa de campo, en el chalé o en el cortijo. Y Antonio, que así vamos a llamar a nuestro personaje, se viste apresuradamente y se monta en un coche que lo lleva cargado de esperanza y de conformidad.

Antonio canta y divierte –para eso está– a la concurrencia, se toma unas copas de más en su estómago saturado; quizás algo de queso para protegerlo, y pendiente de que llegue el día sin que los otros se les duerman de la borrachera, reza porque así no sea, puesto que de cómo se porte va a depender la cantidad, lo que pueda llevarse a su casa.

Cuando los invitados se han ido con el sol ya manando en los campos, el señorito, en mano a mano desigual con él, le dice: “Bueno, Antonio, que Dios te dé salud”. O sea, que carretera y manta porque con lo que ha comido y bebido va que chuta. Y Antonio, que no revienta porque hay Dios en el Cielo pero también Guardia Civil en la Tierra, mide consecuencias y sólo alcanza a decirle con toda la dignidad que puede lo siguiente: “¿Dios? ¿Y usted? Ojalá que la próxima vez que le canten, le canten los curas.”

A este cantaor real e imaginario, al protagonista pisoteado de esta anécdota legendaria que seguramente es historia, le he puesto de nombre Antonio porque así se llamaba el Cojo Peroche, capaz de las sentencias verbales más geniales y fulgurantes: “Ojalá que la próxima vez que le canten, le canten el gorigori”. Y porque, amén de notable cantaor, era un fenómeno a la hora de ese otro Arte, de ese arte mayor de hacer

reír sin ser caricato de profesión, de ese arte que, quien lo practica con éxito, tiene seguro un sitio en el paraíso: de ese arte consustancial al mundo del flamenco. O sea, que Peroche, a quien con más asiduidad se le atribuye la anécdota, trascendía cualquier otra virtud en el escenario o en el cuarto de los cabaes y era un regalo del Cielo escucharlo o escuchar de sus peripecias lo que los aficionados cuentan como la definición y catálogo de la gracia pura. Un artista “dabute” como el gran Benito Rodríguez –El Beni de Cádiz– y en otra medida Guarino de Puerto Real, el mismísimo Chiquito de la Calzada o El Culata, Pantoja y otros tantos genios que pasan por el escenario de puntillas.

Ya sé que el asunto central de esta reunión masiva de cabaes que es esta Bienal sevillana del Flamenco me tiene como pregonero y no como cronista del ingenio o *cuentagracias*. Pero la gracia en el flamenco ha venido siendo como la otra cara del drama que no se da sólo cuando el cantaor, o la cantaora, abre la boca para reunir lo consuetudinario y lo ancestral con un grito. La gracia que tiene el arte de hacer delicioso el dolor, sensaciones que viven juntas *en y por* los alrededores de esto imantado que nos congrega. Y es que la *solear* lo dice como un resumen de la más precisa y redonda filosofía del pueblo:

Que yo cantar no quería.
Que nadie sabe la pena
que me cuesta la alegría.

Y viceversa, porque el compañero de noche se debe escoger de día y porque para dos que se entiendan no hay cuesta demasiado empinada. Lo dice la copla:

Al infierno que te vayas,
al infierno voy contigo
porque yendo en tu compañía
llevo la gloria conmigo.



Algo es algo y siempre cabe una variante más consoladora: “Cantando la pena, la pena se olvida”.

El que es posiblemente el mejor escritor español de todos los tiempos – que me perdone Cervantes–, el que mejor sabía defender sus heridas con su arte, don Francisco de Quevedo, nos lo dejó dicho desde sus cicatrices: “La gracia de Dios ordinariamente anda de penitencia”.

Quizás por eso, por esa advertencia, se ha escrito en referencia a un campesino, o a un albañil, o a un segador, que cantando en plena calina “alzaba como un dios su ronquido total, su enorme queja, su gran desolación vestida de colores”.

Y a mí me suena eso. Está en un libro que escribí a los diecinueve años y que hablaba del mar y de una tarde con campanas con renovados ecos de don Luis Cernuda: “El Sur es un desierto que llora mientras canta”. Y me arañó por dentro. Y en esa línea de protesta y demanda, añadí:

Pensar era ponerse el desatino
en punto, sombra en el desaliento. Y cabizbajo
iba hurgando los aires, guerrillero,
niño infeliz, impúber hombre acaso.
Yo no quise que todo aquello fuera
fugaz, como la estela de los barcos,
y para que quedara en mí la vida
la miré con los ojos del sufragio,
con los ojos roedores del que tiene
dentro del corazón un gran retrato
de la pena: los hombres de mi tierra
sufren y aún no quieren confesarlo,
gimen y lo enmascaran con su cante,
en la sonrisa se les nota el látigo.

Pero ojo: ni todo el monte es orégano ni todo el monte calvario.

Yo vivía entonces en Arcos, donde nací escuchando flamenco, me acostaba escuchando cante y me despertaba con una seguiriya o con un mirabrás. Me lo cantaban casi en sus brazos Pepe Pinto, La Niña de Antequera o la de La Puebla, Pepe Marchena, Manolo El Malagueño o me daba el compás en los oídos una sonanta que era mi sonaja y un eco de tacones cercano que era mi cuna. Y ni se trataba de un encantamiento ni de una visión celeste.

La vida, por entonces, no estaba para regalos ni humanos ni divinos. Era, más prosaicamente, que mi abuelo Ramírez regentaba un teatro y era dueño de una fonda y un bar junto a ella para que lo cantado, bailado y representado –porque las compañías también llevaban su caricato y su recitador sentimental– fuera algo así como lo servido por lo comido, o sea, que todo se quedaba más o menos en casa. Y a mí me tocó, en el reparto, el recuerdo, el cante y el baile, la queja, la fiesta... Y en la memoria imprescriptible ir presumiendo por La Corredera de la mano de Valderrama o de Canalejas en exhibición y anuncio de que aquella noche actuaban, en lo de Ramírez, Fulanito o Menganito y demás estrellas menores, fugaces, de un firmamento menos encendido de lo que la gente creía.

El tiempo se calcula por la felicidad o por el dolor porque no es sino el espacio entre nuestras experiencias. Y eso es el flamenco, un reloj lleno de arena móvil, de cicatrices y de bálsamos, que se reduce, o se amplía, a una cosa del corazón llamada *sentimiento*. En el cantaor, en la bailaora, en el guitarrista... *Sentimiento*, eso que se convierte en emoción y hace que la piel se subleve y se haga toda alma.

Yo he vivido en Arcos y en Madrid la mayor parte de mi vida. Y siempre he vivido la paradoja que ya han cantado poetas como Goethe, Papini y José Hierro porque llegué por el dolor de la emigración a la alegría



alquilada de los inmigrantes deseando volver. Porque vivimos de lo que comemos, eso que nos transforma desde lo que subconscientemente queremos alejar del olvido cuando la memoria nos hace mejores. Cantar es recordar aquellos tiempos felices en que fuimos tan desgraciados porque en el cante vive la esperanza y es en la memoria del corazón donde habitan los ausentes, y en este querido valle de lágrimas y risas el recuerdo es lo único que nos regala un poco de eternidad. El cante y el baile, por supuesto. El protagonismo de las figuras, los de “alante”, y el protagonismo precario de los de “atrás”. Gente como Terremoto o El Lebrijano o Matilde Coral, y gente de acompañamiento como El Elegante, Charito Cortés o El Culata, escudero de aquel Quijote cobrizo, gordo y ronco que fue Manolo Caracol. Y gente en su pódium de racialidad y generosidades como Lola, en cuya gruta de Caripén repostábamos los noctámbulos, noctívagos y nocherniegos flamencos o aflamencados durante los años setenta y ochenta gloriosos para los de la profesión. *Caripén*, lo bueno, lo fetén, gloria bendita del madrugueo, en donde daba la bienvenida un portero galoneado de chistera y levitón al que El Cojo Peroche le metió el gol de la propina cuando Felipe Campuzano, con quien iba de fiesta ambulante, le dijo que se había quedado sin suelto, así, como el que tira la casa por la ventana, tan exageradamente, tan nuevo rico el músico: “Cojo, dale cuarenta duros al portero que yo tengo que cambiar mil pesetas”. Y negando, claro, la mayor, Peroche le contestó en sus cabales: “¿Cuarenta duros al portero? Cuarenta duros no se los doy yo ni a Iríbar”, por aquellas calendas portero insustituible de la selección nacional española de fútbol. La gracia y la tristeza en Caripén, el surrealismo en estado garabito del pueblo andaluz, y la emoción endecasílabo que trae el recuerdo porque parece que todavía...

En Caripén estamos todos, sólo
los que sabemos ir acompañados.
Si falta alguien llegará a la cita
cuando el cante incorpore su milagro.
Hay como una dulce fuente y declina
en el humo y se agiganta como un mago.
Está Luis de las largas palabras
y está Juan, sin palabras, lebrijano.
Luis que tiembla dentro de su cueva
porque su voz de ron viene de abajo,
de las profundidades de sus dudas,
de sus niños temores de ángel malo.
Y acurruca la noche un son espeso
que flota en todo sin ser iniciado,
como un son que tiritita y no se esboza,
como esperando que se limpie algo.
Juan naquera su cante, lo acaricia
para Luis, con miedo de mostrarlo,
igual que si supiera que hay demonios,
que hay espías, que hay gente de otro carro.
Y me dicen palabras que yo entiendo
desconociendo su significado,
palabras que crecieron junto al trigo
y su don dan entre remoto y claro.
Dulce Fernando de su cante de hocino,
corazón gladiador, voz de candado,
triste de Santiago sin su risa
de viña, sin sus ojos, triste el barrio.
¿Qué es para él el mundo? ¿Dónde habita
en él la forma de los otros? ¿Cuándo
perdió, para su bien, toda medida

de aspirar a lo estéril? ¿Cómo es sabio?
¿Es que acaso ser sabio es otra cosa?
Él vive de sus centros, crece en su árbol,
se acurruca en el bien porque ya sabe
que existe el mal y que tiene mal fario.
Pobre de mí entre sus cosas, pobre,
como si fuera acaso el que ha inventado
la pobreza, quien la ha sentido antes
que nadie nunca y quien lega el pecado.
Y estamos juntos como quien ofrece
la vida por saber. Y nos lloramos
historias que a Luis lo hicieron fuerte
y débil, puro: cordero y leopardo;
y que sacaron de su pueblo un día
a Juan para en su cante rociarnos
con el alivio de su paz de olivo,
y Terremoto hicieron a Fernando.
Yo que no sé hacer bien más que el silencio,
a mí que no se más que ir asediando,
me entra en los ojos un temblor de niebla,
pero de niebla a la que nace un rayo
de tanto ver la luz. Los miro y sigo.
Doy gracias. Sonríó. Y me voy perdonando.

El Lebrijano y Fernando; un gitano que reescribía por lo bajini el cuadro inolvidable de un viejo aficionado poniéndole espíritu a su memoria por soleá:

Qué castillo el de Lebrija

cuando lo baja El Lagaña
cantando por seguiriya.

El Lebrijano con sus mixturas de pura cepa, ahora ya con Undivé. Y otro gitano, que sin saber hacer la “o” con un canuto redactaba la página del misterio a voz en grito haciendo que todo el vello se levantara de pronto como un certificado de garantía, de punta, motín del alma en flor de sentimiento. El duende... Y el ángel, en algún caso cómico hasta el esperpento o el astracán.

Lo cuento, creo, en mi novela *Sangrefría*: Fernando cantaba por entonces en *Las Brujas* y era vecino mío en la calle Virgen de Lourdes, en el barrio de La Concepción, en cuyas calles correteaba por entonces Joselito Mercé con sus primos los Sorderitas y otros flamenquitos que desde la pobreza habían dado el salto a Madrid y las ventanillas de cobro de los tablaos. Terremoto –ya lo he dicho– no sabía leer porque en su barrio jerezano de Santiago la escuela era La Plazuela y el Catón los cantes de El Torre y otros sabios analfabetos. Terremoto tampoco sabía de números, pero sí contar. E Isabel, todos los días le metía en el bolsillo derecho de la chaqueta la dirección del tablao y en el de la izquierda la de Virgen de Lourdes 34 para que un taxista hiciera el resto de la ida y la vuelta, ésta ya más bien amanecido porque la categoría de su cante siempre ligaba una juerga en El Palomar o en La Titio o en Manolo Manzanilla, que eran los santuarios profanos del cante para los aficionados con posibles y otras bulas menos bendecidas. Hasta que un día, Fernando, se engolfó más de la cuenta con el Tío Pepe y, aunque acertó a darle al taxista el papelito con la dirección de su casa, al llegar a ella se equivocó de piso y llamó en donde no era.

Me lo contó en *Los Rafaelés*, la tasca jerezana donde nos reuníamos todos los días antes de almorzar –ya calentitos– arrastrando las muchas *eses* con que intentaba reproducir el habla *fsna* de Madrid ante un señor en batín que lo recibió con el ceño fruncido: “Ustedsss ¿qué quieresss a estasss horasss...?”.

Me confesó que por poco no se jiña y que, sin darse cuenta, cómo a los pocos minutos se vio otra vez tocando el timbre como si, por fin, estuviera a salvo. “Un niñoss” me dijo. Y, en efecto, esa vez quien abría era un niño que gritaba: “Papásss, papásss, otra vez el rateross”.

Cuando se aclaró todo y Manolo El Morao, que era su vecino, le dijo que aquel señor cejijunto no era mala gente, sólo que teniente de la Guardia Civil, Fernando soltó el último grito de la jornada envuelto en una orden taxativa: “Isabel, coge las maletas que ya mismo vamos a estar en El Boquerón de Plata, con Tío Parrilla, Tío Borrigo y El Chozas”.

Y no volvió. Y yo lo eché de menos como se echan de menos en la vejez silenciosa los alborozos de la infancia y la adolescencia. Pero ya con el tesoro, descubierto y mío, de las Nochebuenas y las Nocheviejas que pasamos en la casa de Manuel Soto, Sordera, cantando hasta incluso después de que llegara el lechero como el jerezano prometía cuando a su éxito le pedían *otra, otra, otra...* Y tras aquellas experiencias deslumbrantes, pasadas ya las fiestas de un año de aquello, el corazón me exigió, ante tanta generosidad calorrró, poner algo de mí en aquel cofre en puro jondo de bulerías, romances viejos y villancicos, de plenitudes y descubrimientos que se me había transferido como una ráfaga de inmortalidad. Así:

Como el mar que se funde todo en su última
ola que es la que llega hasta la playa
y rompe entre la arena y movedizo
ofrece un abanico a la mirada,

Manuel Sordera, porque es Nochevieja,
porque es noche de amor, junta en su casa
a sus amigos y se da fecundo
en su último cante. En él se explaya
como si no tuviera otra ocasión,
como si se muriera o se tratara
de su día vertebral: como la ola
que es todo el mar, su cante es toda su alma.
Y de su voz, que es como una tersura
que de buena a primera se agrietara,
brota el temblor del mundo en sus inicios
y es el mar otra vez, allí entre tantas
voces añejas de camino y mimbre,
Juan Junquera, Juan Hambre, La Serrana
presentes por estirpe en Terremoto,
Joselito Sordera y El Juanata.
Quién no entiende que el mundo es un gitano,
dos gitanos, tres gitanos que cantan
en un momento solo.

En un instante
la vida se detiene y se hace tanta,
tan rica y tan completa que comprendo
que la inmortalidad existe a ráfagas.

En las cosas secretas, o si se quiere sagradas, debemos tener poca
compañía, apuntan los cabales que también podrían decir cómo en la
bulería y otros cantes más vivos por ligeros, se armoniza el Caos. Rafael
Montesinos, un gran poeta sevillano poco recordado, escribió que
“todos los andaluces cantamos solos”, doy por supuesto que los palos
solemnes. Mas su paisano y maestro, don Antonio Machado, se
adelantó, matizando que:

Un corazón solitario
no es un corazón.



José Mercé, que cerrará esta muestra de nuestra manifestación caracterizadamente más universal y curiosamente más íntima al mismo tiempo, ya lo anunció en la rueda de prensa celebrada en *El corral de la morería* madrileño, del que es dueña la ilustrísima bailaora Blanca del Rey, señora de la que se puede decir que todo en ella es corazón, incluso la cabeza y, por supuesto, los pies y los brazos alados que echan a volar el mantón como una mariposa gigante embriagadora: el corazón, porque, en el Flamenco, por muy lejos que vaya el espíritu intangible, nunca irá más lejos que su hermano tangible, visceral. En el cante y en el baile fulge esa luz configurada que eleva la sorpresa entre lo sórdido cotidiano, abejas que hace volar Dionisos cuanto un Antonio Ruiz nos ofrenda su gallo de pasión; Gades nos concede el parentesco súbito de dioses que nos puebla repentinamente o Mario Maya nos lleva hasta las raíces del secreto y Manuela Vargas, o Matilde Coral, Merche Esmeralda, La Yerbabuena o Cristina Hoyos, va explicando en su instante supremo de flora divergente la convergencia extraña de las contradicciones. El corazón, ese demiurgo que tiene razones que la razón desconoce según lo explique Pascal o el no menos grande Víctor Hugo, a los cuales el hecho de ser compatriotas no les impedía plagiarse cordialmente. Y el corazón, el único adivino aunque a veces titubee en los labios del poeta, del mismísimo don Antonio cuando asegura en su soléa metafísica:

Saber, nada sabemos:
de arcano mar vinimos,
a ignota mar iremos.

Filosofía pura, o pura filosofía, pero ¿no se lo pone duro, imposible o por lo menos difícil desde el punto de vista formal, a cualquier cantaor o la hubiera cantado sin dificultades expresivas, por ejemplo, Pericón de Cádiz, capacitado para meter a compás incluso las *Soledades* y el *Polifemo* de don Luis de Góngora?

Recuérdese: la belleza, en estas lides, estriba en poner de acuerdo el mensaje y la forma, dos afluentes de un mismo río discurriendo desde su fuente: el corazón, único mago unánime si de voz afillá o laína, si de corte clásico o vanguardista, si de gitano o si de payo; el corazón, exclusivo corresponsal del genio capaz de convocarlo en la gravedad o la gracia *heterodoxamenteortodoxo*, originante desde el altavoz insurgente de La Carbonería y La Cuadra de Paco Lira, ágoras plebiscitarias durante muchas noches oscuras del franquismo; desde el castigo de sol a sol hiriente, casi esclavista de la siega en el campo o desde los andamios amenazadores: desde la necesidad, esa necesidad obligada del testimonio, de la denuncia, del mensaje: de la letra.

Machado, al definir la poesía, definió el cante flamenco, Machado, siempre Machado, o los Machado:

Canto y cuento es la poesía.

Se canta una viva historia
contando su melodía.

Crea el alma sus riberas:
montes de ceniza y plomo,
sotillos de primavera.

Toda la imagería
que no ha brotado del río
barata bisutería.

¿No está claro? ¿No libera de tanta polémica entre atrincherados puristas y apresurados innovadores? Lo mejor que tienen los genios es que hablando de otra cosa nos resuelven el problema en cuestión:



Siempre en alto, siempre en alto.

¿Renovación? Desde arriba.

Dijo la cucaña al árbol.

Después de haber subido a lo más alto de la copa, como Caracol o Pepe Marchena en su abrazo al tiempo, ¿no es esa la respuesta al debate? Carmen Linares canta a Juan Ramón Jiménez. ¿Y es que no lo canta bien?:

Cuando yo fui Niño-Dios
era mi Moguer de ensueño
una blanca maravilla,
la luz con el tiempo dentro.

Vicente Soto, rizando el rizo, al inmenso portugués Fernando Pessoa:

El poeta es un fingidor.
Finge tan sinceramente
que llega a creer que no es dolor
el dolor que de veras siente.

¿Y es que no estremece? Estrella Morente a Lorca. Y es que el Arte ¿no es la necesidad de la cantaora iluminada por el genio de Fuentevaqueros y mañana mismo por el de Aristófanes en versión jonda de Miguel Narros? O en otro plano, pero de la misma camada rebelde y transfigurante, ¿no nos acosa la conciencia con su *Quejío* de El Cerro del Águila el maestro ágrafo que sigue siendo Salvador Távora? ¿No nos enriqueció de testimonio el Grupo Lebrijano en los años del miedo y la censura?

No hay ganga. Y es porque el canon tira del rajo estremecido o el símbolo en carne viva que en sus corrientes orillan las impurezas.

Desde arriba, desde la maestría, desde haber recorrido a partir de la raíz el árbol de la tradición. Como Caracol, como Marchena, uno que nació

sabiendo y otro que creció hacia abajo, hacia las raíces. ¿No dan desde la paradoja la respuesta al debate? Federico García Lorca fue, más que al cante por el cante, a la más escondida galería del Flamenco, hurgando en el subconsciente su navajazo existencial. Era como un Caracol con tinta negra, o cobriza o “morena de verde luna” como diría el mismo Federico. Manuel Machado, como Marchena, era rememorativo, elegante, armónico y con cierto donaire perfilero, pero también con ramalazos de gran poesía como muestra esta seguiriya corta:

Desperté y la vi.
Por si estaba soñando conmigo,
la dejé dormir.

Uno arretrato, otro compostura. Pero sobre todo, capaces de intercambiarse los papeles, o la guitarra por el piano sin perder el paso, es decir, el compás, después de cumplir la ley de la sangre enamorada. Porque del origen ya se deriva una cadena de causas con sus efectos: las palmas, los palillos, el jaleo, el cajón y, como primer invitado, la guitarra, que marca y dirige el sincretismo del rito:

Hablar de la guitarra
es hablar de una luna,
de un patio, de una sombra,
de una clara región
del paraíso. Es quedarse
tranquilo y azulado,
mecido por el sueño,
patrón del poderío
del aroma, sonámbulo
sin prisa en la estación
de la calor dichosa,
un poco temporal
en un vaso de aire,



agua suave de orilla.
Pero, también, hablar
de la guitarra es viento,
manos desconsoladas,
hileras de caminos
credenciales de ausencia,
personas tiritando,
dentelladas, respingos,
fechas de amor y miedo.
Una ladera virgen,
beatífica, blanca.
Y otra hirviendo, mordida.
La parte de la fe
que hay en la duda.
La parte de calor
que hay en la lágrima.

Gerardo Diego dejó escrito que la guitarra –a la que el gran poeta de Espartinas José Luis Núñez llamó “encantado matraz”- es un pozo con viento en vez de agua. Y algo debió de pegárseme porque le salí al paso con un punto contestatario desde mi poemita titulado así:

Aquí ha bebido,
ha comido,
se ha emborrachado
mi pueblo.
De aquí se mantiene
mi pueblo:
del aire.

Y por eso Paco Cepero se fue, y por eso Manolito Parrilla emigró, y por eso Manolo Sanlúcar, antes de poner rumbo al tablao acompañó mis coronarias de nostalgias con las suyas en mi lectura de *Compás errante* en

Madrid, en lo que fue Instituto de Cultura Hispánica, para que la pena y la alegría fueran lágrimas de ausencia y de reencuentro:

Siempre que vi un olivar
me dijo mi corazón
que él se llama Andalucía.
Y temblábamos los dos.
Siempre que yo he visto un río
ceñir su agua a una peña
he notado por los ojos
mi corazón dando guerra.
Y siempre que he visto un pueblo
encima de una montaña
se me ha ido, de la mano,
mi corazón a mi casa.
Peña, río, casa, pueblo,
Andalucía lejana...
¡Son los latidos que tengo!

Pero no sólo cantes de ida y vuelta, bailes, toques de ida y vuelta al Sur. Flamenco de ida y vuelta al Mundo, no únicamente al mundo que habla español, el que empieza en los Pirineos y termina en Argentina y Chile, en su Tierra de Fuego, sino que llega hasta los confines mismos de Asia, continente al que pone límite ese Japón tan enamorado de su desgarró como de su donosura, de sus desplantes como de su flexibilidad, de su claridad oscura tornada en transparencia. Flamenco que, al extenderse, puede que pierda pureza, pero no tanto magia porque el artista verdadero, sin ojaneta circense, encierra en sí el movimiento y el vagido de todos los siglos. Flamenco que no brilla o truena solo, ni desprotegido, sino apuntalado en la remota añejidad de los Ortega de Triana, en las familias bautismales de Jerez y los Puertos, de Lebrija, en Mairena y ese otro don Antonio, el mugabe, el jorquín ilustrado brujo



de la tribu jonda de los Alcores sevillanos; en Menese, su heredero payo de La Puebla que acaba de dejarnos, como del rayo hernandiano, sólo en cuerpo, multiplicado su espíritu en su hombría solidaria, abatido por una puñalada de su integridad, por un navajazo de su propio genio, por la protesta de su corazón apasionado:

Qué doló de pueblo,

lo que ha soportao,
golpes y golpes y más golpecitos
en el mismo lao.

La pureza en ellos, en La Fernanda y La Bernarda, pero también en las derivas ampliadoras utreranas –Bambino, Montoya...–, en las bullas insólitas –Diego Carrasco– del San Miguel jerezano, en las granadinas revitalizantes –Morente, Habichuelas– y, en fin, en ese sincretismo en que el tiempo redunda y que antes de suplementado siempre se llama tradición, porque ¿acaso los grandes renovadores no son los descendientes que provienen de un profundo, hondo, respeto al pasado, ese tiempo *ido dejando*, eso vivido que abre la puerta al presente para que este participe en la formación del futuro?

El mejor maestro echa un borrón y uno de los más grandes entre todos, el de la llave de la inspiración que en la mitología tiene Hécuba, don Antonio Mairena, clavó la frase: “Lo que el Flamenco gana en extensión, lo pierde en hondura”. Y, sin embargo, él mismo se refuta con lo que sigue más atinado sobre las raíces, el tronco, las ramas, las hojas renovadas cada año en conjunción cuando reconoce que en lo nuestro hay “mezclas orientales y helénicas, laicas y religiosas, liturgias griega y visigótica, melodías hindúes y persas, melopeas bereberes, jarchas mozárabes...”. Él, el oficiante, y su par teórico, Ricardo Molina, en esa Biblia telúrica llamada *Mundos y formas del cante flamenco*.

Hoy es ayer –o siempre– todavía y el tiempo tiene estaciones de paso en la innovación pausada de los días. Llegará sin prisa, en granazón definitiva como ha venido llegando más concretadamente desde Silverio, don Antonio Chacón, el señor Manuel Molina, El Fillo... Como llega ahora con menos hambre, con menos alpargatas, con menos humillaciones, con el legado de siempre, con el indeclinable legado del pueblo andaluz renovándose en su clasicidad. De todo el pueblo andaluz, síntesis de síntesis abierta porque no vive sólo entre Sierra Morena y el Estrecho del Viento de Paco de Lucía y la Isla de Camarón sino que ya va siendo noria en orbe de su manantial más allá de sus provincias, de Extremadura, de Murcia, de las dos Castillas, Madrid... en sus espacios abiertos, en sus tablaos y en sus peñas resistentes.

Don Manuel Machado, en su afinada y natural pasión sevillanista remató con el no va más de “...Y Sevilla” la joya de un poema definitorio a las ocho perlas del Sur. No está de más recordarlo:

Cádiz, salada claridad.
Granada agua oculta que llora.
Romana y mora Córdoba callada.
Plateado Jaén. Almería dorada.
Huelva la orilla de las tres
carabelas... Y Sevilla.

Yo, a su saga mimética, quise poner mi granito de arena compilador, compartir, más allá de Despeñaperros, el flamenco como una propiedad espiritual que los andaluces hemos regalado al resto de españoles, porque:

Hablo de España
y se me llena la boca
de Moscatel, de Lágrima, de Málaga.
Si su costa me habla



Cádiz emerge sus campanas.
Y si Sevilla me canta
tiembla mi corazón,
se entretriana.
Yo sé bien lo que me pasa
si Córdoba pronuncio:
llego al centro de mi casta.
Porque Huelva es un rumbo
que atestigua, sus sílabas
en libertad me embarcan.
Si Jaén entretengo por los labios
se levanta en la boca su palabra.
Hablo de España
y el paladar se cuaja
del Almería bella y áspera,
de Granada meciendo
su figura sonámbula.
Si digo Andalucía
estoy diciendo el nombre de mi patria.

Pero lo nuestro parece venir de fraternal controversia, lo que no está nada mal si es profunda y abarcadora. Aquilino Duque, poeta sevillano señero de la Promoción del 50, hizo camino *el* andar y escribió que “Tienen los andaluces por patria el Universo”. Y como a pie de página, para constatarlo se marcó un poema bellísimo añadiendo a nuestra tierra su buena parte de morería y de mitología griega, que para eso las columnas de Hércules están a dos pasos de aquí, como Ketama, lugar y grupo:

Alcalá de los Gazules
debe tener todavía
cuarenta jinetes moros

guardándolo noche y día.
Tú eres igual que el levante.
Me echas arena en los ojos
cuando me tienes delante.
Si es que quieres que me muera
ya estoy bien muerto por ti.
Tú sabes que yo quisiera
ser una gota de anís
y que tú te la bebieras.
Una vez se me ocurrió
pedirle peras al olmo
y el olmo peras me dio.

Y el acabóse:

Carretera de Medina...
Yo le he comprado alfajores
al Hércules de la esquina.

Manuel Mantero, otro grande, coetáneo y paisano suyo, fue más lejos todavía, pero al mismo punto recóndito: fue a nuestro interior, a la pureza exclusiva:

Pueblo que arde y se resume
–hombre y coro– en cante jondo:
hondo, y es el que más sube.
(.....)
Por un momento la vida
depende de lo que cante
un hombre en Andalucía.
Y por un instante único
Andalucía es tan pura
que nadie puede ser puro.



Hacia afuera y hacia adentro. Ambas cosas: gracia y gravedad. Corazón y sabiduría. Ambas cosas y mucho más podremos comprobarlo a partir de mañana. Por ejemplo, que hasta los jazmines tienen sombra y, sin embargo, no pierden el olor. Por ejemplo, que todo puede atarse menos el paso del tiempo. Por ejemplo, que lo clásico es; que lo experimental puede llegar a serlo. Por ejemplo, que la herida y la cicatriz son marcas de la misma sangre, pero que una queda siempre como emblema del sufrimiento que es historia. Por ejemplo, que existe una especie de gozo pariente de la tristeza. Que nuestro mejor amigo se llama corazón y hoy comienza a latir con más fuerza por tonás, por seguiriyas, por soleares, por fandangos, por cantiñas, por farrucas, por sevillanas... durante 25 días. Por la tarde, por la noche, por la madrugá. Hasta que venga el lechero como decía Tío José El Sordera cuando el público, a coro, le pedía OTRA, OTRA, OTRA.

Pero, parafraseando al clásico, las tantas dan, aunque la fiesta sigue en la calle y aquí aguarda quien tiene la llave del cante más añejo para abrir esta Bienal: el gran José de la Tomasa. O sea que, en cuanto a mí, chitón, no vaya a ocurrirme lo que a un brillante escritor de mi pueblo le ocurrió en Córdoba cuando alargaba, sin anuncio de mengua, su discurso de presentación en un festival flamenco. Alguien, desde el gallinero del teatro, deseando oír y ver de inmediato lo que no estaba escuchando ni viendo, le aconsejó senequiana, escuetamente, pero a voz en grito: “¡Aligera!”. Pues me aplico el cuento no vaya a pasarme lo mismo.

Muchas gracias.

ANTONIO HERNÁNDEZ